



Teología de bolsillo

Espera, no de esperar, sino de esperanza.

Juan Ignacio Vara

Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, le mandó a preguntar por medio de sus discípulos: "¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?" Jesús les respondió: "Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el Evangelio. ¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!" Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan: "¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis?, ¿a ver a un profeta? Sí, os digo, y más que profeta; él es de quien está escrito: "Yo envío mi mensajero delante de ti, para que prepare el camino ante ti." Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan, el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él." (Mateo 11, 2-11)

La liturgia de la Iglesia, en este tiempo de Adviento, como que se "obsesiona" con la "venida inminente" del Hijo del hombre, ya sea como afirmación de futuro o como pregunta. Los textos neotestamentarios se escribieron cuando algunos "esperaban" en el tiempo esa llegada. No caigamos en la sonrisa complaciente; eran sus tiempos y en esos tiempos creían que se verificaría una intervención de Dios o del Hijo de Hombre en su historia. Hoy, los creyentes estamos obligados a pensar y creer desde la concepción del universo que poco a poco vamos conociendo, desde un sentido del tiempo en que este universo evoluciona y, dentro de él, también la especie humana. Hoy, ya no esperamos una llegada de Dios como se espera la llegada de un familiar en el aeropuerto. Hoy, la pregunta sería es de dónde colgar nuestra esperanza en que Dios no nos ha dejado... aunque no vendrá, porque nunca se ha ido.

El texto de Mateo que compartimos nos ayuda, a siglos de distancia. Nada menos que Juan el Bautista se hace también la pregunta de muchos, porque era de los que esperaban algo o alguien que "ya" estaba por llegar. ¿Se habría equivocado él predicando proféticamente? Quizá recordó la tarde en que un mocetón galileo se había bautizado en el Jordán... y algo original y originante había sobrevolado, por lo menos, sobre algunos corazones. Juan manda a preguntar porque quiere una mínima certeza y necesita que alguien le cuente los "signos" del joven Jesús, a quien la gente considera profeta.

Este no les larga una respuesta académica, plagada de textos bíblicos, para que Juan descansa tranquilo. Hechos, pura historia: díganle lo que han visto, lo que sucede; no es mayoritario, pero sucede. Seguro que Juan entenderá. Y añadan esta postdata: "Y dichoso el que no se escandalice de mí". También lo entenderá. Según el evangelista, cuando los emisarios de Juan se marcharon, Jesús "consagra" a Juan como el profeta previsto en el plan de Dios, como el hombre más grande nacido de mujer... y añade: "aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él". Ahí queda eso, para que repasemos nuestra regla de cálculo de grandezas.

Jesús no curó a todos los ciegos ni a todos los lisiados ni resucitó a todos los muertos, ni comió con todos los aplastados por la vida. Pero en esos hechos-signo estamos llamados a descubrir la llegada-presencia del Dios, que es padre y nos quiere. Esas manifestaciones de la vida que llega se dan a diario en las familias, los hospitales, las escuelas, los laboratorios, en las comunidades de personas que aman sin pedir pasaportes, en todas las personas que "cuidan" de otras personas, en quienes se quedan -o los dejan- afónicos por defender derechos... Son signos de que el reino ya es y actúa. ¿Que no ganamos la pelea a nivel macro? Jesús tampoco la ganó. Y aquí estamos, como Juan, haciéndonos preguntas y, como Jesús, con las respuestas. Dios, el Padre de él y nuestro, ya es entre nosotros. Buenos días